

I

EL JARDÍN DEL BAOBAB

**M**i primera visita á Tartarin de Tarascón ha quedado impresa en mi memoria como fecha inolvidable.

Hará de esto cosa de doce á quince años, y lo recuerdo mejor que lo que hice ayer.

El intrépido Tartarin habitaba en aquella época á la entrada de la ciudad, la tercera casa á mano izquierda, en el camino de Avignon. Era una linda quinta tarasconense, con jardín delante, balcón detrás, paredes muy blancas y persia-

nas verdes. Ante la puerta, había unos cuantos niños saboyanos, jugando ó durmiendo al sol, con la cabeza apoyada en una caja que contenía los enseres de limpiar botas.

Desde fuera, esa casa no se diferenciaba en nada de las demás.

Nadie podía figurarse, á juzgar por su aspecto, que era la vivienda de un héroe; pero cuando se entraba en ella por primera vez, la sorpresa se apoderaba del espíritu y aumentaba sin cesar.

Desde la cueva hasta el granero, todo el edificio, y hasta el jardín, ofrecía al espectador algo heroico.

¡Oh! ¡El jardín de Tartarin!

¡No tenía igual en Europa!

Allí no se veía un solo árbol del país, ni una sola flor francesa; todas eran plantas exóticas, árboles de goma *ficus*, algodoneros, plátanos, cocoteros, palmeras, mangos de Goa, un baobab, chumberas, cactus y otros, pudiendo hacerse cualquiera la ilusión, al entrar en aquel recinto, que se estaba en plena Africa y á miles de leguas de Tarascón. No hay para qué decir que dichos árboles no

eran de tamaño natural; los cocoteros no alcanzaban más altura que la de una planta de remolacha, y el baobab, árbol grandísimo, *arbor gigantea*, cabía en una maceta de las destinadas á balcón;



mas, sin embargo, era cosa digna de ser admirada, y constituía un motivo de orgullo para Tarascón, en donde ciertas personas de la ciudad, á quienes se concedía los domingos la honra de visitar la morada de Tartarin, obsequiaban á sus amigos forasteros, llevándoles á contemplar el jardín, y se volvían todos á su casa en alto grado complacidos.

Ya podéis suponer la emoción que experimenté cuando me llevaron á pasear por tan singular jardín; mas os confieso que no fué nada en comparación de mi sorpresa cuando me introdujeron en el gabinete del héroe. Aquella habitación, una de las principales curiosidades de la ciudad, se hallaba situada en el fondo del jardín, y se entraba en ella por una gran puerta vidriera, delante de la cual se ostentaba el famoso baobab.

Figuráos una gran sala cuyas paredes estaban cubiertas de arriba abajo de armas de todas clases y de todos los países del globo: carabinas, rifles, cuchillos de Córcega, trabucos, navajas, cuchillos catalanes, puñales, escopetas, cuchillos, revólvers, cuchillos de monte, espadas toledanas, alfanjes cris de Malasia, flechas indias, flechas de piedra, mazas de los hotentotes, lazos mejicanos, y qué sé yo cuántas otras cosas.

Los rayos de un sol espléndido, penetrando por los vidrios, hacían relucir el acero de las espadas y de las culatas de las armas de fuego, como para amedrentaros todavía más.

La impresión recibida fué grande en verdad; mas no obstante eso, me tranquilicé algún tanto al ver el orden y la limpieza que reinaban en aquel notable y rico museo. Todo estaba arreglado, cuidado, limpísimo y lleno de rótulos, como los tarros de una botica, y de trecho en trecho se veía un cartelito que decía:

*Flechas envenenadas. No las toquéis.*

O bien:

*Armas cargadas. Tened cuidado.*

Sin esos letreros, jamás me hubiese atrevido á entrar.

En medio del gabinete se hallaba un velador, y en éste un frasco de ron, una bolsa turca para el tabaco, el relato de los viajes del capitán Cook, las novelas de Cooper, de Julio Verne, de Gustavo Aimard; libros relativos á la caza del oso, del halcón, del elefante, del león, del tigre y otros animales.

Delante de aquel velador estaba sentado un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, bajo de estatura, grueso, rechoncho, muy colorado, en mangas de

camisa y calzoncillos de franela, con la barba corta, pero muy espesa. Dicho individuo, con una mano sostenía un libro y con la otra una pipa con su tapadera de metal; y como leyera en aquel momento no sé qué terrible episodio de los muchos que contienen las historias de los cazadores de cabelleras, hacía, adelantando su labio inferior, una mueca que daba á su fisonomía de capitalista tarasconense el mismo aire de ferocidad bonachona que reinaba en toda la casa.

Aquel hombre, que sentado ante el velador estaba absorto en la lectura de los heroicos hechos de algún intrépido cazador, era Tartarin; Tartarin de Tarascón. ¡El valiente, el grande, el incomparable Tartarin de Tarascón!



## II

## VISTAZO GENERAL

Á LA BUENA CIUDAD DE TARASCÓN.—LOS CAZADORES

DE GORRÁS

EN la época de que os estoy hablando, Tartarin de Tarascón no era aún el Tartarin de hoy día, el gran Tartarin de Tarascón, tan popular en todo el Mediodía de Francia; y, sin embargo, era ya el rey de aquella ciudad.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Digamos de dónde hubo de venir su soberanía.

En primer lugar, es menester que sepáis que allí todos los hombres son aficionados á la caza; es la pasión dominante de los tarasconenses; pasión que se transmite de padres á hijos desde la época mitológica en que la Tarasca hacía de las suyas en los pantanos, y en que los habitantes de entonces organizaban contra ella incesantes batidas.

Ya hace mucho tiempo de eso, como podéis suponer; pero la necesidad creó la costumbre, y ésta, lo mismo en los pueblos que en los individuos, es muy difícil de extirpar. El hábito constituye una segunda naturaleza, forma parte de nuestro modo de ser, y nos domina, siendo necesaria la acción constante de una inteligencia robusta y de una voluntad enérgica para vencerla.

La Tarasca hizo á los tarasconenses cazadores, y no es extraño, á pesar de los siglos transcurridos desde entonces, que los actuales vecinos de aquella ciudad sean amantes de rendir culto á Diana; así es que todos los domingos Taras-

cón en masa toma las armas y sale de la población, cada cual con su morral á la espalda, con su escopeta al hombro y llevando perros, hurones, trompas y cuernos de caza.

Es un golpe de vista magnífico.

¡Lástima grande que la caza falte allí en absoluto!

Y no puede ser de otro modo.

Por torpes que sean los animales, andando el tiempo, han llegado á desconfiar y se han ausentado totalmente. Ellos tienen también sus tradiciones, y las de los que viven en aquella comarca, saben que los tarasconenses, con la escopeta en la mano, son irresistibles, y casi imposible escapar á su vigilancia.

Así debe suceder irremisiblemente, porque lo cierto es que, en cinco leguas á la redonda, las madrigueras están vacías, los nidos abandonados, y no se encuentra ni un mirlo, ni una liebre, ni una codorniz, ni una zorra, ni un conejillo, nada, absolutamente nada.

Y sin embargo, aquellas lindas colinas tarasconenses son muy tentadoras, perfumadas por el tomillo, el espliego y el

romero; tentadoras por las hermosas uvas moscateles azucaradas que se crían en las orillas del Ródano, que son tan apetitosas; pero ¡Tarascón está detrás! dicen los que componen la fauna de aquella región, y entre toda la gente de pelo y de pluma, los tarasconenses tienen muy mala fama.

Las aves de paso lo han señalado con una cruz en sus itinerarios; y cuando los ánades bajan hacia la Camargue y divisan desde lejos los campanarios de dicha ciudad, el que sirve de guía se pone á gritar: "¡Allí está Tarascón!... ¡Tarascón!...", y toda la bandada huye lejos, en dirección distinta.

En suma, tratándose de caza, no queda en aquella comarca más que una vieja liebre socarrona y pícara, que ha escapado milagrosamente al plomo tarasconense y que está encaprichada en vivir allí.

Es muy conocida, y hasta se le ha dado un nombre. La llaman *Rápida*, y se sabe que tiene su cama en el terreno del señor Bompard, lo que, entre paréntesis, ha doblado y triplicado el valor de aquella

propiedad inmueble; pero todavía no la han podido matar, no obstante el tenaz propósito de tres ó cuatro cazadores que la persiguen incesantemente.

Los demás no paran ya mientes en ella, y *Rápida* ha pasado hace tiempo á ser causa de una superstición local, por más que los tarasconenses sean por naturaleza muy poco supersticiosos, cual lo prueba el hecho de que comen golondrinas en salmorejo cuando las encuentran al alcance de sus tiros y de sus redes.

Pero me diréis, amados lectores: puesto que los animales son tan raros en aquel país, ¿qué cazan sus habitantes los domingos?

¿Qué cazan?

¡Oh, Dios mío! Se van por grupos de cinco ó seis á dos ó tres leguas de la ciudad, se tumban tranquilamente á la sombra de un tinglado, de una vieja pared ó de un olivo; sacan del morral un buen trozo de vaca estofada, cebollas crudas, salchichón, algunas anchoas, y empiezan un almuerzo perdurable, remojado con ese buen vinillo de las orillas del Ródano, que hace reír y cantar.

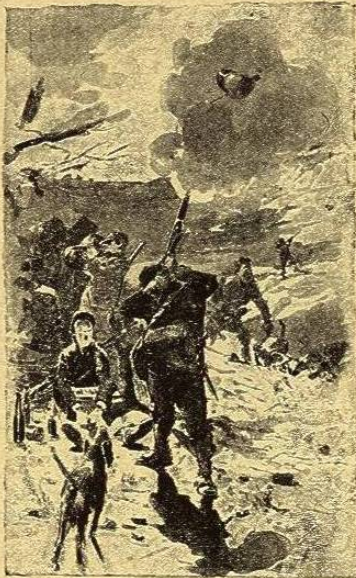
Después, cuando están bien repletos, cuando hasta la penumbra de toda pena se ha ahuyentado, cuando la risa invade todos los semblantes y el buen humor se posesiona de todos los cuerpos, se levantan, silban á los perros, amartillan las escopetas y empiezan la cacería. Es decir, cada uno de estos señores coge su gorra, y lanzándola por los aires con toda su fuerza, tira sobre ella al vuelo, con municiones del 6, del 5, ó del 2, según hayan convenido.

El que agujerea más veces su gorra es proclamado rey de la cacería, y vuelve por la noche á Tarascón, triunfante con su trofeo, ó sea su gorra acribillada, pendiente del cañón de la escopeta, y seguido de los perros que ladran anunciando la victoria, y de los compañeros que le festejan tocando la trompa y los cuernos de caza.

Me parece excusado decir que se hace en la ciudad un gran comercio de gorras.

Hay comerciantes que las venden agujereadas y rasgadas de antemano para el uso de los que no saben tirar; pero no

se conoce más que al Sr. Bezuquet, el boticario, que las compre.



Es deshonroso.  
Como cazador de gorras, nadie iguala á Tartarin de Tarascón.



III

¡NAN! ¡NAN! ¡NAN!

CONTINUACIÓN DE LA OJEADA GENERAL Á LA BUENA  
CIUDAD DE TARASCÓN

**A** la pasión de la caza, la fuerte raza tarasconense une otra: la de las canciones.

Es increíble el número de las que, impresas ó manuscritas, se consumen al año en ese país singular.



Todas las antiguallas sentimentales que amarillean olvidadas en los musiqueros, tienen cabida y son aceptadas como nuevas en Tarascón.

Allí se encuentra cualquiera composición musical, por vetusta que sea.

Cada familia tiene la suya, y la ciudad entera sabe, por ejemplo, que la canción favorita del boticario Bezuquet, es:

«¡Tú, blanca estrella que adoro!..»

La del armero Costecalde:

«¿Quieres venir al país de las cabañas?..»

La del recaudador de contribuciones:

«Si yo fuera invisible, nadie me vería...»

*(Canción cómica.)*

Y así en todas las familias de Tarascón.

Dos ó tres veces por semana se reúnen en una ú otra casa y se canta; pero lo más raro es que siempre son las mismas piezas, y que, no obstante los muchos años que se usan, aquellos buenos tarasconenses no tienen ganas de variarlas.

Es un legado de familia, y, por lo tanto,

cosa sagrada. Cada canción es, si puede decirse, de la exclusiva propiedad de, que la tiene como signo característico



y jamás se atreverían en casa de Costecalde á cantar la de Bezuquet, ni en el domicilio de éste la de aquél; y, sin embargo, bien podéis comprender que la

saben de memoria á las mil maravillas.

Pero no; cada cual guarda la suya, y todo el mundo está contento.

En cuanto á las canciones, como respecto á las gorras, el primero de la ciudad era, sin duda, Tartarin; y la superioridad de éste consistía en no tener ninguna, sino en poseerlas todas. ¡Absolutamente todas!

Y ¡cosa rara! los que tan á sangre y fuego defendían las suyas y perseguían con furia á los que se permitían reproducirlas, experimentaban un júbilo indescriptible cuando escuchaban á Tartarin cantar indistintamente la que mejor se le antojaba. Verdad es que era muy difícil hacérselas cantar.

Nuestro hombre era un héroe, y ya hacía tiempo, cansado de sus triunfos de salón, prefería la lectura de los libros de caza ó pasar la velada en el Círculo, á exhibirse delante de un piano de Nimes, alumbrado por dos velas de Tarascón.

Algunas veces, no obstante, cuando se tocaba ó cantaba en casa del farmacéutico, entraba como por casualidad, y des-

pués de hacerse rogar mucho, consentía en cantar con la señora Bezuquet, la madre, el gran dúo de *Roberto el Diablo*.

Quien no haya oído esto, no ha oído nunca nada.

De mí sé decir que aun cuando viviera cien años, me acordaría siempre del gran Tartarin acercándose al piano con paso majestuoso, apoyándose en él y bajo el reflejo verde de las bombas del escaparate del establecimiento, procurar dar á su fisonomía la expresión feroz y satánica de Roberto.

Apenas se hallaba colocado, cuando un estremecimiento general se apoderaba de los concurrentes, como si fuera á suceder algo extraordinario, y después de un momento de silencio la señora Bezuquet, la madre, empezaba, acompañándose:

Roberto, tú á quien amo,  
y que mi fe recibiste,  
ahora mira mi espanto,  
ora mira mi espanto.  
Piedad, piedad por ti;  
piedad, piedad por mí.

Y en voz baja añadía: "Ahora os toca

á vos, Tartarin,; y éste, con el brazo extendido, el puño cerrado, decía con voz formidable, que retumbaba como un trueno: “¡No! ¡No! ¡No!...”, Cuyos monosílabos, como buen meridional, los pronunciaba diciendo:

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”

Y la señora Bezuquet repetía:

Piedad, piedad por ti;  
piedad, piedad por mí.

—“¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”, aullaba cada vez con más fuerza Tartarin.

No era muy largo en su recitado, como veis; pero la mímica era tan propia, tan diabólica, que una conmoción de terror recorría toda la concurrencia y le hacían repetir su “¡Nan! ¡Nan! ¡Nan!...”, cuatro ó cinco veces seguidas.

Y después, Tartarin enjugaba su frente empapada en sudor, sonreía á las señoras, guiñaba el ojo á los hombres y, retirándose triunfante, se iba al Círculo y decía con aire modesto:

—Vengo de casa de Bezuquet: he cantado allí el dúo de *Roberto el Diablo*.

Y al creerlo todos, sintiendo no haberlo escuchado, él se lo creía también.

Era el soberano de Tarascón, y claro es que en el Casino nadie se hubiera atrevido á socavar su soberanía.

